

EDITORIAL

COCA, POR NARICES

Decir que desde que el mundo es mundo, la raza humana se ha tirado a bocajarro en busca de la magia, de la evasión fácil, de la auto engañifa sin tener en cuenta los costes, de la persecución de placeres mundanos, es hablar de la verdadera historia de las adicciones. Llevamos miles de años encontrando sustancias *maravillosas* que se convierten después en auténticas armas de destrucción personal y social, aunque muchos deciden continuar en su compañía a pesar de todo. Enjuagar las emociones es costoso cuando no se cuenta con algo que nos ayude a conseguirlo, por eso una vez que se prueban los efluvios adictivos que nos transforman en seres sobrenaturales de pacotilla, somos incapaces de echar marcha atrás y deshacernos de su mortal influencia. En el alocado universo en que vivimos, de variedades y globalización, contamos en la actualidad con un abanico tan amplio de posibilidades, en cuanto a sustancias naturales y artificiales se refiere, que hace imposible controlar las consecuencias, aunque nos empeñemos en prevenir el gran problema del consumo, éste supera nuestras expectativas. Las herramientas que utilizamos con más frecuencia son la información y la concienciación de la población, pero por las tendencias que nos dictan las frías estadísticas nos estamos quedando cortos y el consumo avanza implacable, cebándose en los sectores más jóvenes.

Ha costado varias décadas reducir de una forma importante el uso de heroína en España, que ahora ha pasado a un segundo plano, para dejar paso a una nueva reina entre los consumidores, también en polvo y que hace añicos la vida de quien la acaricia, la cocaína. El perfil de quien la usaba en los años ochenta se configuraba entre la llamada “gente guapa”, los “yuppies” que alardeaban de su disfrute como posesos, basando su utilización en emponzoñados argumentos de fortaleza para trabajar más horas y mejor, embolsándose succulentos dividendos que despilfarraban estúpidamente en tres rayas efímeras, además de destrozarse su cerebro. De ahí hemos pasado, de una manera fulminante, a la popularización de la coca, hasta el punto de que cualquiera tiene acceso a ella, sin mirar género, condición laboral, social o cultural. De alguna forma esta droga ha conseguido convencer de su inocuidad a pesar de estar machacándose continuamente con grandes campañas que aseguran y demuestran lo contrario. Uno de los mejores eslóganes que se han usado en campañas de prevención fue, sin duda, el que promulgaba aquello de “Ten cerebro, pasa de la coca”, acompañado de imágenes espectaculares y un sonido que hacía estremecer al más valiente. Los esfuerzos empleados en contrarrestar el consumo de coca no han sido suficientes y hemos logrado el deshonroso segundo puesto en el ranking mundial de mayores consumidores del polvo blanco después del irremplazable EEUU y seguidos muy de cerca del Reino Unido, según un reciente estudio de la ONU, donde China está en un afortunado y envidiable último puesto y países productores de coca, como Colombia, no alcanzan ni un tercio del consumo de EEUU. No deja de ser paradójico que tanto los norteamericanos como los españoles seamos los que encabezamos el consumo mundial pero también los que más recursos empleamos en medidas preventivas y persecución del narcotráfico.

La sociedad española, en los últimos años, se ha retranqueado demasiado en cuanto a su grado de preocupación por el consumo de drogas en general y ha llegado a olvidar que tenemos un problema de salud de máxima importancia, porque incide en todos los estratos sociales de manera directa y merma la potencialidad de nuestros jóvenes, en su salud, su familia, su entorno y para conseguir un hueco en el mercado de trabajo. No podemos hacer una buena prevención sin que todos, absolutamente todos, pongamos nuestro granito de arena, apoyando vehementemente las medidas que emergen desde tantas instituciones dedicadas a afrontar esta problemática. Si seguimos relajados tendremos coca, por narices.

José A. García del Castillo
Director del INID